

117-213067

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMÁTICA.

DE
D. PABLO AVECILLA.

LA MUJER DE DOS MARIDOS.



PUNTOS DE VENTA EN MADRID:

D. Juan Díaz de los Ríos,
calle de Carretas.



D. José Cuesta, calle Mayor.
Bailey-Bailliere, Principe.

IMP. DE C. GONZALEZ.—S. ANTON, 26.

1857.

CÁTALOGO de las obras dramáticas de la propiedad del CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL.

DRAMAS EN TRES Ó MAS ACTOS.

Madrid por dentro.
Entre el cielo y la tierra.
Susana.
La duda.
Los Hijos de la noche.
El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El Triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El Hijo del ciego.
El Castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
¡Las Jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La Niña del mostrador.
La Mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!
Rioja.
Mujer y madre.
El Curioso impertinente.
La Aventurera.
La Pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El Fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El Donativo del diablo.
La Hija de las flores.
El Valor de la mujer.
La Fuerza de voluntad.
La Máscara del crimen.
La Estrella de las Montañas.
La Ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roclas.
Andres Chenier.
Adriana.

La Ley de represalias.
El Ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo*.
El Trovador, *refundido*.
Cristobal Colon.
Un Hombre de estado.
El Primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
Garcia de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS EN TRES Ó MAS ACTOS.

El dinero y la opinion. †
Un hombre importante.
Quien mas mira menos ve.
La escala de la vida.
Unos llevan la fama.
Las Indias en la córte.
¡Mejor es creer!
Los Organos de Mústoles.
La Escuela de los ministros.
El Fondo y la corteza.
El Tesoro del Diablo.

La Flor de la maravilla.
El Agua mansa.
Un Infierno ó la casa de huéspes.
El Duro y el millon.
El Oro y el oropel.
El Médico de cámara.
Un Loco hace ciento.
La Tierra de promision.
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El Peluquero de Su Alteza.
La Consola y el espejo.
El Rabano por las hojas.
Tres al saco....
Un Inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los Presupuestos.
La Condesa de Egmont.
La Escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una Aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los Millonarios.
Los Cuentos de la reina de Nav.
El Hermano mayor.
Los Dos Guzmanes.
Jugar por tabia.
Juegos prohibidos.
Un Clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
Quién es ella?
Memorias de Juan Garcia.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
Mauricio el republicano.
A quien Dios no le dá hijos...!
La Nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.

R. 52784

LA MUJER DE DOS MARIDOS.

COMEDIA EN UN ACTO

ORIGINAL DE

DON JOSÉ MARÍA GUTIERREZ DE ALVA.



N.º 312.

MADRID: 1857.

IMPRESA DE C. GONZALEZ, CALLE DE SAN ANTON, NÚM. 26.



Esta obra es propiedad de DON PABLO AVECILLA, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 18 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que distingue á los legitimos.

PERSONAS.

DON JUAN FIGUEIRAS, *comerciante.*

DON ALBERTO TRAMONTANA, *marino.*

DON CRISANTO, *dependiente de D. Juan.*

DOÑA CAMILA, *mujer de D. Juan.*

DOÑA ELENA, *esposa de D. Luis.*

La escena pasa en la Coruña, en casa de D. Juan.

ACTO UNICO.

Escritorio de una casa de comercio: puerta al fondo, que conduce á la calle: á la derecha del actor y en primer término, una puerta practicable y al parecer forrada de hierro, con una inscripcion en letras muy grandes que diga CAJA: á la izquierda del actor otra puerta que da á las habitaciones interiores; á la derecha y enfrente de ella una ventana.

ESCENA PRIMERA.

DON CRISANTO *solo.*

(Aparece sentado junto á una de las mesas de escritorio con un gran libro abierto sobre ella y una pluma en la mano.)

Cuatro y cuatro son ocho, y cinco trece, y siete diez y nueve, y llevo uno. Nada: no me sale la cuenta. Es claro: qué ha de suceder?—Mi principal hace seis meses que cometió la barbaridad de casarse, y desde entonces apenas pone aquí los pies; tiene el escritorio abandonado, y todo su tiempo lo consagra á las delicias conyugales. Hay cosas que para mí son incomprensibles. Que un hombre sea galante cuando anda en pretensiones, pase; pero continuar desempeñando el mismo papel despues de casado, es una cosa que no me la esplico. Bueno es que un hombre consagre á su mujer... la noche, por

ejemplo; pero esto de ser marido, y nada mas que marido, á todas horas, es haber perdido la cabeza. (*Pausa.*) Afortunadamente está aquí Crisanto, que es incansable, y mal ó bien lleva adelante los negocios. Ahora que me he refrescado un poco, volveré á revisar la suma equivocada. (*Vuelve á sentarse.*) Vamos, cuatro y cuatro son ocho, y cinco trece, y siete diez y nueve, y llevo una. Nada, no pare.

ESCENA II.

Dicho.—DON JUAN.

- JUAN. Hola, Crisanto! Qué haces?
- CRISANT. (*Sin levantarse.*) Aquí estoy enredado con una maldita suma que ya me tiene loco. (*Volviendo á su ocupacion.*) Y llevo... ¡Qué demonio! ya no me acuerdo de las que llevaba.
- JUAN. Escucha, Crisanto. Despues acabarás de hacer la suma.
- CRISANT. Vamos á ver. (*Levantándose y viniendo al lado de don Juan.*) (Me va á consultar algun negocio de importancia.)
- JUAN. Dime: ¿ha venido la modista á traer un sombrero para mi señora?
- CRISANT. (Esto es haber perdido completamente el juicio.)
- JUAN. ¿No me respondes?
- CRISANT. No señor: (*Con muestras de mal humor.*) yo no he visto á esa persona de quien usted me habla, ni me cuido de esas puerilidades. Ocho años hace que estoy en casa, y nunca ha habido en ella tan lamentable abandono.
- JUAN. Pobre Crisanto! ¿Estás de mal humor?
- CRISANT. Me parece que tengo motivos.
- JUAN. (Me riñe como si fuera él el principal y yo el dependiente: su buen deseo...) Vamos á ver, hombre. ¿Qué es lo que te tiene tan enojado?
- CRISANT. Qué ha de ser? Que ayer ha estado aquí tres veces en busca de usted el comerciante de Oporto, á quien usted habia citado para acabar

el negocio de los azúcares, y ninguna de ellas le ha encontrado en casa.

JUAN. Es verdad. ¡Qué demontre! A Camila se le ocurrió dar un paseo por el muelle, y quise darle gusto. ¡Ah, Crisanto! si tú supieras cuántas son las delicias del matrimonio!

CRISANT. Pero, señor don Juan, señor don Juan! es necesario no entregarse tan de lleno á esas delicias, que pueden acarrear muchos sinsabores. Siempre en fiestas y paseos, no se cuida mas que de divertirse.

JUAN. Eh! que digan lo que quieran. Me he casado, y me parece una cosa muy natural que un hombre casado se ocupe de su mujer.

CRISANT. Qué diablo! cuando uno se casa con una mujer viuda...

JUAN. Viuda! parece como que quieres echarme en cara que Camila es viuda. Es verdad que ella ha estado casada antes con otro: pero este otro era un brusco marino, capitán de un buque mercante, un tal don Robustiano Tramontana, y tú comprendes que es casi imposible que una mujer como mi Camila ame á un hombre que se llame Robustiano Tramontana. No es verdad, Crisanto?

CRISANT. Si, el nombre de usted es mas agradable...

JUAN. Ya ves, compara tú: Juanito Figueiras: porque yo quiero que mi mujer me llame Juanito, y... ¡Robustiano Tramontana! si es un nombre que mete miedo!

CRISANT. Y á pesar de eso se lo tragaron las olas ¿No es cierto que murió el pobre en un naufragio?

JUAN. Así es la verdad. Su buque se sumergió al doblar el cabo de Buena-Esperanza. He ahí por lo que concluyen los marinos; por ser pasto de los tiburones.

CRISANT. No todos tienen la misma suerte.

JUAN. Quiero decir cuando naufragan.

CRISANT. Ni aun así tampoco. Ahí tiene usted al capitán Vogamonte, que mandaba el bergantín Lucero, á quien todos creían sumergido en el fondo de los mares...

JUAN. Y qué?

- CRISANT. Que no hay tales carneros; que consiguió salvarse en una tabla; y ahora, al cabo de tres años ha escrito á su mujer desde Montevideo, diciéndole que en el primer buque que salga para Europa, volverá á darle un abrazo.
- JUAN. *(Después de reflexionar algunos momentos.)* Pero ¿estás tú seguro de que no ha muerto el capitán Vogamonte?
- CRISANT. Toma! tan seguro, que yo mismo he tenido su carta en mis manos.
- JUAN. ¡Qué demonio! ¿Sabes que suceden en la vida cosas admirables? Con que, vea usted ahí: si á su mujer le hubiera dado gana de casarse con otro...
- CRISANT. ¡Ah! No me acordaba. Hay que llevar inmediatamente á casa de los señores Pereira y compañía la contestacion sobre las seis cajas de cacao. En la Coruña no hay un solo grano, y podemos hacer un gran negocio. ¿Se aceptan ó no se aceptan?
- JUAN. Sí, Crisanto, acéptalas ó no las aceptes. Ya sabes que tienes mis facultades. Yo no tengo la cabeza para ocuparme de cacao.
- CRISANT. Volveré al instante. Tengo que rectificar esa maldita suma, que me tiene aburrido desde esta mañana. *(Toma el sombrero y sale por la puerta del foro.)*

ESCENA III.

DON JUAN.

¡Parece increíble! ¡Qué demonio! Si algun dia se presentase por ahí el capitán Tramontana, primer marido de mi mujer... ¡seria un lance chistoso! Pero ¡qué! Su naufragio fué un naufragio en toda regla. Pero ¿qué es lo que digo? El otro ha venido á resollar al cabo de tres años. ¡Qué horrible idea! Y no puedo desecharla. ¡Qué diablos! Hay tantos ejemplos... Sin ir mas lejos; ahí está Robinson, á quien todo el mundo conoce. Y bien, yo pregunto; su esposa la señora

Robinsona, ¿no tenía derecho á creerle sumergido para siempre bajo las olas, y por lo tanto á poner en su lugar otro marido, mientras que mi hombre se paseaba en su isla, como un canónigo, con su quitasol en la mano y el papagayo posado sobre el hombro? ¡Chasco sería que el bueno del Tramontana volviese tambien con su quitasol y su papagayo! Es horrible esto de tener celos hasta de un difunto, y estar soñando siempre con aparecidos.

ESCENA IV.

Dichos.—CAMILA.

- CAMILA. (*Entrando por la puerta izquierda.*) Ah! ¿Estabas aquí, esposo mio? ¡Cuánto me alegro! Mira: acaban de traerme mi sombrero. Es muy bonito, ¿verdad? Me sienta bien? Dímelo con franqueza.
- JUAN. Te sienta admirablemente. Estás con el seductora, encantadora, conmovedora.
- CAMILA. Eres muy galante.
- JUAN. Es que yo quiero que á mi lado no pienses en nadie mas que en tu marido. Si así no fuera...
- CAMILA. Vaya! ¿En quién quieres que piense yo mas que en tí? Ya sabes que mi primer matrimonio fué una cosa de pura conveniencia, arreglada por mi familia, y no un casamiento por amor...
- JUAN. Es verdad, querida mia; nuestro enlace ha tenido un origen mas noble y mas puro. Llegaste á la Coruña, desde Santander; á los pocos meses de haber enviudado, te vi un dia en el paseo, te seguí; me miraste, y el ciego Cupidillo hirió nuestros corazones con una misma flecha. Seis meses han pasado, que para mí han sido seis instantes.
- CAMILA. Y para mí tambien, querido Juan.
- JUAN. ¿Por qué no me llamas Juanito, sabiendo que tanto me gusta?
- CAMILA. Pues bien, querido Juanito.
- JUAN. ¡Oh encanto! ¡Oh delicia! Eres una mujer muy adorable.

- CAMILA. ¡Qué extraña coincidencia! Robustiano tenía también la manía de que le llamara Robustianito; y sin embargo, siempre se me olvida.
- JUAN. ¡Demonio de gusto! Robustianito á él! A un hombre que tendría el cutis tostado, las manos encallecidas, la barba roja.
- CAMILA. No por cierto, la tenía negra, y muy negra.
- JUAN. Con que la tenía muy negra? eso le daría un aire feroz. Por lo demás, no sería muy guapo, ¿eh?
- CAMILA. No, no era feo. Facciones regulares...
- JUAN. Si, pero una fisonomía sin expresión, una estatura pequeña...
- CAMILA. Al contrario, era alto, y buen mozo.
- JUAN. Ah! Con que te parecía buen mozo! ¡Y me lo dices!
- CAMILA. Dios mío! ¿Y qué quieres que te diga? Tú mismo me has obligado á hacer su retrato. Quieres que mienta?
- JUAN. Y tú me querrás tanto como á ese buen mozo?
- CAMILA. Si, amigo mío: tu carácter es infinitamente mejor que el de Robustiano. Tú eres pacífico, amable, afectuoso; al paso que él era celoso, arrebatado, iracundo. Cada vez que me acuerdo... En los seis años que estuve casada con él, tuve mas de diez desafíos; pero siempre salía vencedor.
- JUAN. (*Ap. Cáscaras! Pues si llegase á venir, estaba yo fresco!*) Bien, bien; dejemos esa conversación enojosa.
- CAMILA. ¿Y qué culpa tengo yo? Tú eres siempre el que te empeñas en hablarme de mi primer marido.
- JUAN. (*Acercándose á ella cariñosamente.*) Tienes razón, Camilita mía. (*Tomándole la mano y fijando la atención en una pulsera que lleva Camila.*) Pero ¿qué es lo que miro? Un regalo de mi anterior! Esto es horrible!
- CAMILA. Ah! Es verdad, no te enfades, esposo mío; ha sido una cosa impensada. Estaba a oscuras, y por coger otra...
- JUAN. Ya sabes que no me gusta, que no me hace maldita la gracia... Veo no obstante, que todo

lo que te recuerda ese hombre, lo llevas con mas placer que lo que yo te he regalado.

CAMILA. Vamos, Juan; hoy estás insufrible!

JUAN. Está bien: ya no me quieres llamar Juanito.

CAMILA. Yo te llamaré como tú quieras; pero es necesario que seas mas razonable. Tener celos de un difunto es una cosa que á tí solo pudiera ocurrirse.

JUAN. ¿Y qué quieres? te quiero mucho y no puedo remediarlo.

CAMILA. Tranquilízate. Ya sabes que mi mayor placer es verte contento; y supuesto que esta pulsera te ha enojado, (*Quitándosela y entregándosela á Juan.*) ahí te la entrego para que la guardes donde nunca vuelva yo á verla.

JUAN. (*Guardándola en su bolsillo.*) Oh! esta prueba me devuelve la calma.

CAMILA. No volverás á incomodarte?

JUAN. Nunca, yo te lo ofrezco y te lo juro. Me esperan en el muelle para un negocio muy importante, y te dejo, pero solo por algunos minutos.

CAMILA. Pues mira, que vuelvas pronto; si no, me encontrarás muy enojada. ¿Lo oyes, Juanito mio?

JUAN. Ah! me ha llamado Juanito! Eso merece un abrazo... Ven, tómalo. (*La abraza.*) Y está segura de que volveré no corriendo, pero volando. (*Vase por el foro.*)

ESCENA V.

CAMILA.—*Después CRISANTO.*

CAMILA. Pobre Juan! Este al fin se hace querer mas que el difunto. Y en verdad que yo no le cambiaria de buena gana por el otro, porque al fin, con este llevo solo seis meses de casada, y con aquel lo estuve seis años.

CRISANT. Ah! señora. (*Entrando por el fondo.*) En la puerta me han entregado esta carta para usted, y el sobre que dice en propia mano.

CAMILA. A ver? (*Tomando la carta.*) En mano propia... no sé. Abrámosla. (*La abre y lee para sí.*)

- CRISANT. Vamos á ver si ahora doy con la equivocacion de la suma. (*Acercándose á la mesa.*) A no ser algun nueve con poco rabo, y que yo le haya tomado por un cero...
- CAMILA. (*Ap. y despues de haber leído.*) ¡Dios mio! ¿Qué quiere decir esto? Ah! es preciso á todo trance quedarme sola.) Don Crisanto...
- CRISANT. (*Ocupado en su cuenta.*) Cuatro y cuatro son ocho; y cinco trece...
- CAMILA. Don Crisanto! ¿No me oye usted?
- CRISANT. ¡Ah! ¿Me hablaba usted, señora? Perdone usted, estaba enredado con esta suma, y...
- CAMILA. Es preciso que me haga usted un favor, pero al instante.
- CRISANT. (*Viniendo á su lado.*) Lo que usted quiera.
- CAMILA. Me han traído este sombrero, y no me gustan los adornos. Quiero que los pongan pajizos. ¿Comprende usted? Va usted en casa de la modista, y la advierte...
- CRISANT. (*¡Otra interrupcion!*) Señora, si usted tuviera á quien enviar... Estoy solo en el escritorio.
- CAMILA. No tengo á nadie. Mi doncella está mala, el criado ha salido; pero usted será tan amable que irá al punto á ver á mi modista. Que no se le olvide á usted, pajizos.
- CRISANT. (*Tomando el sombrero y dirigiéndose al foro.*) Esta bien, señora; pajizos, no se me olvidará. (Qué caprichosas son las mujeres!) (*Vase.*)

ESCENA VI.

CAMILA. — *Despues ELENA.*

- CAMILA. Pobre Elena! ¡Pobre amiga mia! Pero ¿qué le habrá hecho mi primo, que así deja á Santander por no verle? (*Viéndola entrar por el foro.*) ¡Ah! Aquí está ella y me lo explicará todo! (*Corriendo á recibirla.*) Elena!
- ELENA. Camila! ¿Has recibido mi carta?
- CAMILA. Sí por cierto: ya ves que estoy sola.
- ELENA. Me alegro mucho: como no conozco á tu ma-

rido, rehusaba presentarme á él en la turbacion en que me encuentro.

CAMILA. Pero vamos á ver, querida Elena: ¿qué es lo que te ha sucedido? Debe ser una cosa muy grave.

ELENA. Demasiado, querida Camila, demasiado.

CAMILA. Vamos, habla: ¿cómo te hallas en la Coruña?

ELENA. Tú sabes que me casé con Alberto Tramontana, primo de Robustiano, tu primer marido, y como él, capitán de un buque mercante...

CAMILA. Ya lo sé. ¿Y bien?

ELENA. Ese casamiento me ha hecho muy desgraciada.

CAMILA. ¿Pues cómo? Alberto y tú os amábais mucho, al paso que yo me casé con Robustiano, solo por complacer á mi familia.

ELENA. ¡Ay, amiga de mi alma! tú, sin embargo, has sido mas dichosa! Créeme, no hay mayor desgracia para una mujer que el estar enamorada de su marido.

CAMILA. No te comprendo.

ELENA. Y principalmente si es de la profesion que Alberto.

CAMILA. Explicáte.

ELENA. Cada vez que salia á la mar, yo me quedaba triste y desconsolada. Hace diez y ocho meses, cuando emprendió su último viaje á Filipinas, quise seguirle; pero él se opuso obstinadamente, y ahora ves cuáles eran los motivos.

CAMILA. Acaba.

ELENA. ¡Ay Camila! Alberto debía volver en el término de un año; pero las tempestades unas veces, y otras los vientos contrarios, le han detenido; habiendo estado tres meses, segun dice, sobre una roca contra la cual fué arrojado su buque. En fin, hace algunos días que recibí una carta suya, en la cual me anunciaba su próximo regreso. Puedes figurarte la satisfaccion que me causaria esta carta: pero advirtiéndome que el portador de ella llevaba tambien en la mano otra de mi esposo, dirigida á uno de sus amigos mas íntimos, le rogué que me la diese con ánimo de enviársela yo misma con una persona de confianza. El hombre me la entregó sin recelo...

- CAMILA. Y tú, movida de curiosidad, cometiste la imprudencia de abrirla.
- ELENA. Es verdad: Dios lo permitió así, para que se descubriese su infamia.
- CAMILA. ¿Hacia en ella alguna revelación?
- ELENA. (*Sacando una carta.*) Aquí la tienes. Hé aquí la prueba de su perfidia. Toma. (*Dándosela.*) Léete este último párrafo, y asómbrate.
- CAMILA. (*Leyendo.*) «A propósito, mi querido Luis; me olvidaba de decirte que llevo en mi compañía un verdadero tesoro, la bellísima prenda que tenía tantos deseos de poseer; yo la llamo la *niña*. Es muy jóven, y tan hermosa que dudo que pudiera encontrar otra mas bella en todas las islas Filipinas.»
- ELENA. ¿Comprendes bien todo lo horrible de mi situación? ¿Una *niña* de Filipinas! Pero continúa, que aun falta lo mas bochornoso.
- CAMILA. (*Sigue leyendo.*) «Duerme conmigo en mi misma cámara, y es tan graciosa, que toda la tripulación y aun muchos pasajeros están enamorados de ella. Es preciso que me proporciones un lugar donde tenerla oculta, para evitar compromisos de todo género; y sobre todo, te encargo que mi mujer no sé entere.»
- ELENA. ¡Infame!
- CAMILA. (*Acabando de leer.*) «Cuento con tu amistad... etc. Tuyo siempre, Alberto Tramontana.
- ELENA. ¿Qué te parece?
- CAMILA. Apenas puedo creerlo.
- ELENA. ¡Traer consigo una mujer! Ya ves: no puede separarse de esa *niña*. ¡Traidor! no quiero verle ni hablarle.
- CAMILA. Escucha, Elena: á pesar de los defectos que pueda tener tu marido, creo que has hecho mal en abandonar tu casa. Temo que mi esposo desapruebe tu conducta, calificándola de lijero arrebato.
- ELENA. No lo dudo. Todos los hombres son iguales: tan severos para nosotras como indulgentes para ellos. Desgraciadamente no conozco á nadie mas que á tí en la Coruña.
- CAMILA. Alguien llega. Entra ahí en mi aposento; que

pronto iré á buscarte, y resolveremos lo que debe hacerse.

ELENA. Perdona, amiga mia; bien conozco la molestia que te causo; pero si alguna vez te sucediera igual desgracia, sabes que podias contar conmigo.

CAMILA. No permita Dios que tal suceda. (*Elena vase por la puerta izquierda.*) ¡Pobre Elena! es bien digna de lástima.

ESCENA VII.

CAMILA. — CRISANTO.

CRISANT. (*Entrando*) Descanse usted, ya señora. Tendrá usted los adornos pajizos; pero dice que habrá que pagarle doce reales mas, porque son mejores que los otros.

CAMILA. Está bien, don Crisanto, y muchas gracias por la exactitud.

CRISANT. La exactitud es para mi una cosa esencial. Pero ahí tiene usted la modista que aguarda en la sala, con varios adornos pajizos, para que usted escoja á su gusto.

CAMILA. Voy al instante. ¿Mi marido no ha vuelto aun del muelle?

CRISANT. Creo que no, ó al menos que yo sepa.

CAMILA. (*Estoy dudando de si le hablaré ó no de mi amiga.*) (*Vase por el foro izquierda.*)

ESCENA VIII.

CRISANTO. — Despues ALBERTO.

CRISANT. Veremos á ver si hay otro que venga á interrumpirme. (*Dirigiéndose á la mesa y tomando una pluma que empieza á cortar.*) Cuando un hombre está entregado á los profundos cálculos de la aritmética, debería ser sagrado é inviolable; pero nada, hay quien se atreve á interrumpir á usted con la mayor frescura para

preguntarle la hora que es, ó para decirle que el día está frío y lluvioso, ó que hace un sol que achicharra; menos cuando lo separan de sus tareas, para que la modista adorne un gorro con lazos pajizos. En fin, ya está cortada mi pluma. Voy á ver si... *(Se sienta junto á la mesa y empieza á examinar con escrupulosa detencion el libro que sobre ella ha dejado abierto. Entre tanto entra Alberto rápidamente por la puerta del foro, en traje de marino, y despues de mirar á todos lados comienza á pasearse con celeridad de un extremo á otro de la estancia.)* (No hay duda.) *(Hablando consigo mismo.)* Esta es la casa donde la he visto entrar. Por otra parte, me han asegurado que se halla en la Coruña. ¡Mi mujer en la Coruña! ¡y sin mi permiso! ¡Esto me huele mal! ¡Esto me huele á cuerno quemado!

CRISANT. ¡Otro impertinente! Hay cosas para desesperarse. *(Volviéndose.)* ¿Quién anda ahí? ¿Quién será este hombre, que viene á convertir en paseo nuestro escritorio? ¿Qué se le ofrece á usted, Caballero? caballero; ¿qué se le ofrece á usted?

ALBERTO. *(Sin escucharle.)* (Si, ¡señor! Me huele á cuerno quemado!)

CRISANT. (Si será sordo?) *(Esforzando la voz y poniéndose en medio de la escena.)* ¡Caballero! ¿No me oye usted? le he preguntado que, qué se le ofrece.

ALBERTO. Perdone usted; no lo habia visto.

CRISANT. ¡Pues qué! ¿no hay mas que venir aquí á dar vueltas, como si esto fuera un hipodromo? Si es que usted viene para algun negocio, yo soy el primer dependiente de la casa: soy tambien el segundo, y el tercero, y el único: de consiguiente puede usted entenderse conmigo.

ALBERTO. *(Sin escucharle.)* (¿Cómo sabria yo si ella está aquí?) *(Alto y dirigiéndose á Crisanto.)* Caballero, ¿su mujer de usted es jóven?

CRISANT. No señor; ni jóven, ni vieja. Soy soltero, á Dios gracias.

ALBERTO. No quiero decir eso. Yo le pregunto á usted si hay alguna mujer jóven en esta casa.

CRISANT. ¿Una mujer jóven?

ALBERTO. Si señor, una señora, jóven, esbelta, y...

CRISANT. ¡Toma! Ya se vé que la hay: la esposa del señor don Juan Figueiras, mi principal.

ALBERTO. ¿Y no tiene aqui ninguna otra?

CRISANT. ¡Pues me gusta la pregunta! No señor; mi principal no tiene mas que una mujer, y me parece que con ella sola tiene bastante.

ALBERTO. Lo que yo desco que usted me diga es, si hay alguna otra señora en esta casa.

CRISANT. Le he dicho á usted que no: y me parece una impertinencia el venir á preguntar si tenemos aqui pocas ó muchas mujeres. ¿Es á eso á lo que usted ha venido?

ALBERTO. Puede ser.

CRISANT. (Pues señor, es original este hombre!) Si lo que desa usted es hablar con mi principal, ha salido.

ALBERTO. Ha salido? ¡Rayo de Dios!

CRISANT. (Con asombro.) ¿Eh?

ALBERTO. Cuenta que si trata de burlarse de mí, les ha de costar caro. Hasta luego. (Vase precipitadamente por el foro derecha.)

ESCENA IX.

CRISANTO.—Despues DON JUAN.

CRISANT. Está bueno, venir á amenazarle á uno dentro de su casa! Y qué humos trae el señor! Y qué votos! Y qué palabrotas! Hombre de mar al fin. (Viendo entrar á don Juan.) Ah! ¿Es usted? Gracias á Dios! ¿Ha encontrado usted al lobo marino?

JUAN. ¡Al lobo marino!

CRISANT. Quiero decir á ese hombre que acaba de marcharse.

JUAN. Es un marino?

CRISANT. Debe ser un marino; pero de esos marinos que juran, y blasfeman, y amenazan... En fin, uno de esos que se comen los niños crudos.

JUAN. Y para qué me queria ese hombre?

- CRISANT. Si he de decir la verdad, no lo sé. No hacía mas que preguntar si en esta casa había una señora...
- JUAN. Una señora! (*Con terror.*) ¿Con que te ha preguntado por una señora?
- CRISANT. Y con un tono de amenaza que daba miedo. Yo creo que ha de estar algo tocado.
- JUAN. (Dios mío! si será él!) Dime, Crisanto, ¿qué edad tendrá ese hombre?
- CRISANT. Ni muy jóven, ni muy viejo.
- JUAN. Y su figura?
- CRISANT. Es alto y bastante buen mozo.
- JUAN. Es buen mozo! Dime: ¿y tiene una barba muy negra?
- CRISANT. Sí, señor.
- JUAN. Estás tú seguro?
- CRISANT. Qué sé yo; me parece que...
- JUAN. (Parece que me lo daba el corazon!) Mira, Crisanto, cuando vuelva ese hombre, avisame con tiempo y... le dices tambien á mi mujer que bajo ningún pretexto se presente en el escritorio: y tú mismo no vuelvas á entrar aquí mientras yo no te llame. ¿Entiendes?
- CRISANT. Ya, ya lo entiendo. (¿Qué le habrá dado á don Juan, que se le ha puesto la cara de un difunto.) (*Vase por el foro izquierda.*)

ESCENA X.

DON JUAN.—*Despues ELENA.*

- JUAN. Tengo un presentimiento que me horroriza. Si será tal vez... Ahora me acuerdo que al entrar en esta casa ví un hombre parado enfrente de la puerta; voy á ver si está todavia en el mismo sitio. (*Se asoma á la ventana de la izquierda, desde la cual sigue hablando.*) En efecto, allí está con los ojos fijos en la habitacion de Camila, y segun sus trazas es el personaje cuya descripcion me ha hecho Crisanto.
- ELENA. (*Abriendo con suavidad la puerta, y asomando la cabeza.*) Jurara haber escuchado aquí la voz

de mi marido. Le he visto pasear en la calle; tuve la imprudencia de levantar las cortinillas de la ventana y temo que me haya conocido. Pero Camila, que no viene.

JUAN. (El es! no cabe duda.)

ELENA. Aquí hay gente. Por si acaso, voy á encerrarme por dentro. (*Vuelve y cierra la puerta.*)

ESCENA XI.

DON JUAN.—*Despues CRISANTO.*

JUAN. (*Volviendo á la escena.*) Ha abandonado su posicion, y si no me engaño ha entrado en casa.

CRISANT. (*Desde la puerta.*) Señor! señor! Aquí está el hombre; viene furioso, y quiere ver á usted ahora mismo. ¿Le deajo entrar?

JUAN. (*Con energia cómica.*) Que entre.

CRISANT. No ha querido aguardar el permiso. Aquí lo tiene usted. (*Crisanto se separa á un lado, para dejar pasar á Alberto, y vase.*)

ESCENA XII.

DON JUAN.—*ALBERTO, que entra.*

ALBERTO. Al fin le encuentro á usted, caballero. (*Entrando con precipitacion y hablando con arrogancia.*) ¿Es usted el dueño de esta casa? ¿El Figueiras en cuestion?

JUAN. Sí, señor, yo soy; y me estraña mucho verle á usted entrar de esa manera tan inconveniente...

ALBERTO. No es esta ocasion de andar con ceremonias. Y ahora no hay que decirme que me engaño; que ella está, porque me consta, tengo evidencia de que está oculta en esta casa.

JUAN. ¿Pero, quién está oculta?

ALBERTO. Mi mujer, caballero, mi propia mujer. Ella me explicará cómo y por qué la encuentro en este sitio. ¿Está usted?

:

- JUAN.** (Su mujer! Respiro.) Caballero, yo no oculto mujer ninguna, ni tengo en casa mas mujer que la mía.
- ALBERTO.** Voto al infierno! Eso me dice usted cuando acabo de verla con mis propios ojos asomarse á una ventana que... sin duda debe ser de esa habitacion!
- JUAN.** (La habitacion de Camila!) Usted se habrá engañado; dentro de esa habitacion no hay nadie, y la prueba es... (Se dirige á abrir la puerta y no puede conseguirlo.) (Cerrada por dentro! No hay duda; ella está ahí.)
- ALBERTO.** ¿Ve usted cómo no me he equivocado? Pero en vano se oculta, yo la veré y...
- JUAN.** Caballero... Por favor... Nada de gritos... nada de escándalo... Respete usted su sensibilidad.
- ALBERTO.** Ah! ¿con que usted lo confiesa!
- JUAN.** Yo confieso... Es decir... Yo no confieso... Pero, en fin ¿quién es usted?
- ALBERTO.** Tramontana! Voto á los diablos! El capitan Tramontana.
- JUAN.** Tramontana! (Cayendo sobre una silla.) Dios mio!.. Es él!
- ALBERTO.** Yo, yo mismo. ¿Usted no me esperaba?
- JUAN.** Pero, hombre ¿no se habia usted muerto?
- ALBERTO.** Cuando me vé usted aqui, escusada es la pregunta.
- JUAN.** ¡Oh, caballero, qué desgracia!
- ALBERTO.** Cómo! ¿La de que yo no me haya muerto?
- JUAN.** Es decir... Pero ya todo el mundo le creia á usted ahogado, tragado por las olas, y aun por los tiburones en un naufragio...
- ALBERTO.** Verdad es que he naufragado; que he permanecido largo tiempo sobre una roca, lo mismo que Robinson; pero...
- JUAN.** (Como Robinson! Yo bien lo decia. No le falta mas que el quitasol y el papagayo.)
- ALBERTO.** Afortunadamente pude salvarme y cuando vuelvo á España, con ánimo de abrazar á mi mujer, me encuentro con que ha abandonado el domicilio conyugal, y se halla en la Coruña misteriosamente escondida en esta casa. ¡Rayo de Dios!
- JUAN.** Caballero, cálmese usted, cálmese usted y re-

flexione algunos instantes. Su esposa de usted le creía muerto.

ALBERTO. ¡Voto á los diablos! Pues yo vengo á probarle que estoy vivo, y á usted le pediré estrecha cuenta, por haber ocultado á mi mujer en su casa.

JUAN. Eh! que esa mujer tambien es la mia!

ALBERTO. ¡Cómo se entiende! Miserable! ¡Ira del cielo!

JUAN. ¡Qué diablo! Ya está dicho, si señor: esa mujer es mi mujer... Y tómelo usted por donde quiera.

ALBERTO. ¿Conque mi mujer es la de usted?

JUAN. Sea mia la de usted, ó sea de usted la mia, lo cierto es que tenemos una sola para los dos, y eso no es bastante.

ALBERTO. ¡Pérfida! La he de matar!

JUAN. Si usted la mata nos quedamos peor que antes; porque de ese modo no tenemos ninguna.

ALBERTO. ¡Y usted... usted tambien enciende mi furor y escita mi venganza! Casarse con mi mujer!

JUAN. Pero venga usted acá, hombre. Venga usted acá, compañero de glorias y fatigas; escúcheme usted un momento con calma. Se le creía á usted muerto; se dieron sobre su naufragio noticias auténticas, y se ocuparon de él hasta los periódicos, que como usted sabe, no mienten nunca. Ahora bien: mi mujer... es decir, la de usted, creyéndose viuda, tuvo por conveniente casarse en segundas nupcias. Este es un derecho de que las viudas suelen usar con mucha frecuencia! Yo fui quien tuvo la dicha... no, la desgracia de reemplazar á usted, por lo cual...

ALBERTO. Eso es increíble, y en fin, concluyamos. Yo soy su primer marido; mi mujer me pertenece, y usted me la devolverá al instante.

JUAN. En cuanto á eso de devolverla...

ALBERTO. Usted me la devolverá, ó nos batiremos, y estoy seguro de matarle. Eso será lo mejor.

JUAN. (Un desafío! ¡Dios mio de mi alma! ¡Y con un hombre que sale vencedor siempre!) Pero vamos á ver: querido Tramontana, no sería mas justo dejarla que ella eligiese?

ALBERTO. Esta no es cosa de juego. No se trata aquí de elegir, es mi mujer y quiero llevármela. Una

hora le doy de término para que se disponga á seguirme. ¿Lo entiende usted?

JUAN. Ya, ya.

ALBERTO. Cuando vuelva traeré mis pistolas, y si se detiene un momento en entregármela, concluiremos en seguida el negocio. ¿Está usted enterado?

JUAN. Mas de lo que quisiera.

ALBERTO. Hasta luego. *(Sale por la puerta del fondo con aire amenazador, y Juan se deja caer abatido en una silla. Se vá haciendo de noche.)*

ESCENA XIII.

JUAN.—*Despues CAMILA.*

JUAN. Hé aqui realizados, completamente realizados mis horribles presentimientos! Pobre Camila! Tan buena, tan virtuosa... ¡Cómo va á llorar! porque estoy seguro de que me prefiere á ese terremoto, ó tormenta, ó huracan... ó como se llame su primer marido. ¡Dios mio! ¿Qué hacer? ¿Qué hacer en este trance? *(Apoya la cabeza entre las manos. Camila entra silenciosamente por el fondo con una vela encendida.)*

CAMILA. *(Todavía no he podido reunirme con Elena. (Al ver á Juan pone la luz sobre una mesa y se dirige á él.)* Tú aquí, amigo mio? ¡Qué abismado estás en tus reflexiones!

JUAN. *(Pobrecilla!)*

CAMILA. ¿Qué tienes?

JUAN. Nada... Casi nada. Escucha, Camila. ¿Has oido tú algo de mi conversacion con ese caballero que acaba de salir?

CAMILA. No, ¿para qué te queria? Crisanto me ha hablado de él en unos términos, que casi ha llegado á asustarme.

JUAN. Y no te faltará razon para ello... ni á mí tampoco.

CAMILA. ¿Qué dices? Pero, Dios mio!... ¡Qué pálido estás, qué demudado! Habla por Dios ¿Qué es lo que pasa?

JUAN. *(Tomándole una mano.)* Camila! Esposa mia!

- CAMILA. Pero ¿qué es lo que tienes, Juanito mío?
- JUAN. (Me llama Juanito. Esto va à dar al traste con el poco valor que me queda.) Mira, Camila, no me llames así. Llámame Juan, que será mas conveniente.
- CAMILA. ¿No puedo yo saber la causa de tu tristeza?
- JUAN. Tristeza! Oh! es mas que tristeza, es desesperacion.
- CAMILA. Espíciate.
- JUAN. Tienes razon. Tú reias cuando yo te hablaba de mis temores sobre que algun día pudiera volver tu primer marido...
- CAMILA. Me haces temblar! ¿Y bien?
- JUAN. ¿Y bien? Mira cómo ha vuelto.
- CAMILA. ¿Quién? Tramontana!
- JUAN. El mismo. No habia muerto como se decia. Ha estado quince meses sobre un peñasco comiendo arenques... Hé aquí la historia de tu primer marido.
- CAMILA. Oh Dios! ¿Será posible que yo tenga dos maridos vivos?
- JUAN. ¡Cuántas se alegrarian de poder decir otro tanto!
- CAMILA. ¿Pero... sabe él... le has dicho tú que he vuelto à casarme?
- JUAN. Era preciso que lo supiese.
- CAMILA. Y ¿cómo lo ha recibido?
- JUAN. No lo ha recibido bien... esto es, lo ha recibido muy mal, ó por mejor decir, no ha querido recibirlo de ninguna manera.
- CAMILA. ¡Oh, amigo mío! qué desgraciada soy! Pero... en fin, ¿qué es lo que quiere, qué es lo que pretende?
- JUAN. ¿Qué ha de querer? A tí. Dice que le pertenesces, por ser el primero en data. En fin, que luego volverá à buscarte.
- CAMILA. A buscarte? No, yo no quiero separarme de tí; yo no quiero abandonarte. ¿Quién le mandaba naufragar ni pasar por muerto, para venir ahora à decir que todo ha sido un engaño?
- JUAN. Eso es lo que yo decia: no se puede esponer à una prueba tan dura la constancia de las mujeres. Hay muchas que olvidan à sus mari-

- dos, estando vivos; con que, ¿cómo quería usted que la suya le fuera fiel despues de muerto?
- CAMILA. Y muy bien dicho. ¿Y qué te contestó?
- JUAN. Toma! ¿qué habia de contestar? Que si no te ibas al instante con él, nos batiríamos, y me mataría.
- CAMILA. (*Abrazándolo.*) ¡Ah, no! Eso sería peor mil veces! Yo no debo esponer tu vida, y por otra parte, mi deber es consagrarme al hombre que, sea como fuere, al fin es el primero que recibió mis juramentos de fidelidad. Me separaré de tu lado para siempre.
- JUAN. (*Abrazándola.*) ¡Ah, no, nunca! El arrancarte de mis brazos sería un horrible despojo.
- CAMILA. ¿Cuándo volverá ese hombre?
- JUAN. No tardará mucho.
- CAMILA. Oh ¡si será él! Siento pasos...

ESCENA XIV.

Dichos.—CRISANTO.

- JUAN. No, es mi dependiente. ¿Que vienes á anunciarme, servidor leal?
- CRISANT. Que ha llegado el correo, y han traído para usted esta carta de nuestro corresponsal del Cabo de Buena-Esperanza.
- JUAN. (*Tomando y abriendo la carta.*) En efecto, es de él. Querida Camila, allí es donde se creía que tu primer marido habia muerto.
- CAMILA. Veamos lo que dice la carta.
- JUAN. Escucha. (*Leyendo.*) «Mi querido amigo: las noticias que puedo darle respecto al naufragio de que me habla, son las siguientes, de cuya exactitud respondo.»
- CRISANT. (*En el bufete.*) Tres y cuatrosiete y cuatro once...
- JUAN. (*A Crisanto.*) ¡A ver si te callas! «En cuanto al capitán...» Vamos á ver lo que dice de tu marido. «En cuanto al capitán don Robustiano Tramontana, su cuerpo fué arrojado por las olas sobre la arena de la playa, y yo mismo, que le conocia perfectamente, fui llamado para reco-

nocer el cadáver, y tuve la triste satisfacción de acompañar sus restos hasta la última morada.” (*Mirando á su mujer con asombro.*) Ya lo ves; él mismo dice que ha asistido á su entierro.

CAMILA. (*Temblando y horrorizada.*) ¡Dios mio! ¡Lo que aquí sucede es espantoso! Si allí lo han visto muerto, ¿quién puede ser ese hombre, á no ser que sea su espíritu?

JUAN. Tú que le conocías, ¿crees que su espíritu pudiera tener fuerza bastante para hacer esa travesía? (*Se oye llamar á la puerta con golpes fuertes y repetidos. Juan y Camila tiemblan. Crisanto se dirige á abrir apresuradamente.*)

CRISANT. Veremos á ver quién diablos viene á llamar á estas horas! (*Váse.*)

ESCENA XV.

DON JUAN.—CAMILA.

JUAN. Ese debe ser él. Escucha, Camila: ese hombre no puede ser sino un impostor, y sus intenciones deben ser horriblemente criminales.

CAMILA. Supuesto que va á entrar, yo conoceré al momento si es ó no mi marido. Te respondo de no equivocarme.

JUAN. De ningún modo: no quiero que te vea.

CAMILA. ¿Qué es lo que intentas?

JUAN. Entra ahí en la caja... la puerta es segura... está forrada con planchas de hierro; toma la llave, enciértrate por dentro, y aunque se hunda el mundo, no abras mientras yo no te llame.

CAMILA. Es que no he tenido tiempo de decirte...

JUAN. Bien, bien: entra ahora, que luego me lo dirás todo.

ESCENA XVI.

Dichos.—CRISANTO.

- CRISANT. *(Desde la puerta.)* Es el marino de esta tarde.
Ya sube.
- JUAN. Anda pronto. *(Camila entra en la Caja y cierra por dentro.)*
- CRISANT. *(Al verla entrar.)* ¿Que es eso? Está usted metiendo en caja á su mujer? Esa moneda no corre en la plaza.
- JUAN. ¡Ay Crisanto! sábelo al fin! Ese hombre que sube... es el marido de mi esposa.
- CRISANT. ¡Cómo! Pues entonces usted...
- JUAN. Yo soy el segundo; el otro es el primero.
- CRISANT. ¿El que estaba muerto? ¡Cosa mas rara!
- JUAN. Silencio. Aquí está.

ESCENA XVII.

DON JUAN.—CRISANTO.—ALBERTO.

(Don Alberto entra por el foro con un capote y una maleta debajo del brazo izquierdo, y dos pistolas y dos sables en la mano derecha.)

- ALBERTO. Aquí estoy. Ya vé usted que soy exacto.
- JUAN. Nunca lo puse en duda. (¡Qué mala cara!)
- CRISANT. *(Bajo á don Juan.)* ¡Trae pistolas!
- JUAN. *(Id. á Crisanto.)* Ya lo veo. Anda y tráeme mi baston de estoque, y dámele con disimulo.
- CRISANT. *(Id.)* Voy á buscarlo. *(Váse y vuelve.)*
- ALBERTO. ¡Uf! *(Dejando el capote y maleta sobre una silla, y sentándose junto á una mesa en la cual coloca las armas.)*
- JUAN. ¡Y no se turba! Qué bien representa su papel.
- ALBERTO. Creo, caballero, que estará usted pronto á hacer lo que hemos convenido, y ella por último estará dispuesta á seguirme.
- JUAN. En cuanto á seguir á usted... entendámonos, eso depende...

- ALBERTO. ¡Cómo que depende! ¡Quién sería capaz de impedirlo! Usted? A no ser que desee ventilar la cuestión en este terreno... (Señalando á las armas.)
- JUAN. Caballero, un poco de calma; porque, en fin, usted comprende... digo, me parece que no es bastante que un hombre se presente diciendo: esa mujer es mía, para que el marido, al instante, y sin otras pruebas, le conteste: sí, señor, tómela usted, y usted perdone. Muchas veces se ha visto presentarse uno con nombre supuesto...
- ALBERTO. ¿Se atreverá usted acaso á dudar de mi palabra?
- JUAN. Yo no digo tanto: pero cualquiera puede engañarse, y tomarse á sí mismo por otro. Eso es una cosa corriente.
- ALBERTO. Caballero, haga usted venir á mi mujer, que ella desvanecerá todas sus dudas.
- JUAN. (¡Demonio! Mucha seguridad tiene.)
- CRISANT. (Bajo á don Juan y presentándole un baston que trae escondido.) Aquí está el baston: pero como hace mucho tiempo que usted no lo usa, la cocinera ha utilizado el pincho para convertirlo en asador.
- JUAN. (Rechazando el baston.) ¡Quita allá! ¿Entonces para qué me lo traes?
- ALBERTO. Vea usted aquí muchas cartas dirigidas á mi nombre. ¿Vé usted? (Leyendo los sobres.) Al capitán Tramontana, en Manila. Al capitán Tramontana, en Calcuta. Al capitán Tramontana en el Cabo... Al capitán...
- JUAN. Basta, basta.
- ALBERTO. ¿Está usted convencido?
- JUAN. ¡Ay! sí, señor, demasiado. (Pero ese imbécil de correpondsal... ¿habrá enterrado á algún cocodrilo, creyendo enterrar á un hombre?)
- ALBERTO. Ahora que ya no puede quedar á usted ninguna duda sobre mi identidad, se me ha ocurrido una idea: ya es tarde; y supuesto que mi mujer está aquí, no veo inconveniente en ser huésped de usted por esta noche.
- JUAN. ¡Cómo! ¿conque usted quiere...

- ALBERTO. ¿Se opondrá usted quizás?
- JUAN. Le diré á usted... yo... en fin... usted es muy dueño de... (He imaginado un medio y voy á ponerlo en práctica.)
- CRISANT. (*Bajo á don Juan.*) ¿Quiere convertir esta casa en posada?
- JUAN. (*Id. á Crisanto.*) ¡Calla!
- ALBERTO. ¿Ella no está aquí?
- JUAN. Sí, pero antes de retirarse... ¿quiere usted tomar una copita, unos vizcochos?
- ALBERTO. Con mucho gusto. Así como así, la maldita lluvia me ha remojado lindamente. (A pesar de todo es un buen hombre.)
- JUAN. Mira, Crisanto: traéte un par de botellitas de rom... y...
- CRISANT. ¡Cómo!... Después de... ¿Vá usted á regalarle?
- JUAN. Algo se ha de hacer en obsequio de mi predecesor.
- CRISANT. Voy al instante. (Dos maridos para una mujer! Hé aquí una cuenta que por la regla de tres pudiera ajustarse.)
- JUAN. Vamos, Crisanto, no te detengas.
- CRISANT. ¡Voy allá! No creía que corria tanta prisa. (*Váse por el foro derecha.*)

ESCENA XVIII.

ALBERTO.—DON JUAN.

- JUAN. (Tratemos de emborracharle, y después que se haya dormido...)
- ALBERTO. (*Con jovialidad.*) ¿Sabe usted, señor de Figueiras, que me parece usted un guapo mozo?
- JUAN. Gracias: usted me...
- ALBERTO. En el fondo yo tampoco soy del todo malo; y si el objeto que vengo á reclamar fuera de tal naturaleza que pudiéramos poseerle en compañía, no dude usted que ya se lo hubiera propuesto.
- JUAN. ¿De veras?
- ALBERTO. Pero ya vé usted: en estas circunstancias no hay medio posible. (*Crisanto entra con el ponche y el rom, y lo coloca sobre la mesa.*)

- JUAN. (*Se sientan á la mesa.*) Aquí está ya Crisanto. Permitame usted que le sirva.
- ALBERTO. (*Lo hace.*) Estoy seguro, señor de Figueiras, que usted tendrá un verdadero sentimiento en verse obligado á separarse de...
- JUAN. ¿De mi mujer?
- ALBERTO. De mi mujer.
- JUAN. Eso quise decir.
- ALBERTO. Pero bebamos á la salud... (*Beben.*) ¿De qué son esas botellas?
- JUAN. De rom. ¿Le gusta á usted el rom?
- ALBERTO. ¡Pues si es mi delicia! Bebamos. (*Beben.*)
- JUAN. ¡Qué calor da esto!
- ALBERTO. Es bueno, pero no tiene muchos grados.
- JUAN. ¡Demonio! ¡Pues no bebe el rom como si fuera leche!
- ALBERTO. ¡Qué mujer se pierde usted, amigo!
- JUAN. Encantadora; y con unos ojos tan dulces, tan apacibles...
- ALBERTO. Un poquito burlones.
- JUAN. ¡Burlones! Está usted equivocado.
- ALBERTO. ¿Me lo querrá usted decir á mí?
- JUAN. ¿Y usted á mí?
- ALBERTO. Yo la conozco mejor que usted.
- JUAN. ¿Quién sabe? Pero bebamos.
- ALBERTO. Sí, bebamos. (*Beben.*)
- JUAN. ¡Caramba! Si continuo bebiendo así... ya los ojos me hacen relampaguzas.)
- ALBERTO. (*Levantándose.*) ya es tarde y yo estoy cansado; con que si usted me lo permite...
- JUAN. ¿Está usted cansado? Me alegro mucho. Es decir, me alegraré que usted descanse. Yo me retiro. En vano buscará á su mujer. Al fin se dormirá, y entonces vengo yo muy despacito á sacar á Cãmila, y cuando mi hombre se despierte, nosotros ya estaremos en el cabo de Finis-Terre.)
- ALBERTO. Ea, buenas noches, amigo.
- JUAN. No tenga usted duda que es usted para mí uno de los mas... ya usted me entiende. Con que buenas noches. (*Váse Juan por el fondo izquiera, mirando siempre á la caja.*)

ESCENA XIX.

ALBERTO.

¡Pobre hombre! ¡qué susto se ha llevado! Y tiene buen carácter! ¡Ah! se ha encerrado por dentro! Me están dando tentaciones de echarla abajo. Pero no, nada de violencias. Ensayemos antes los medios suaves. (*Llama dando algunos golpes.*) Alguien se acerca, retirémonos un poco. (*Lo hace.*)

ESCENA XX.

ALBERTO.—ELENA.

- ELENA. (*Abriendo la puerta.*) ¿Eres tú, querida Camila? ¿Es verdad que ya Alberto se ha marchado?
- ALBERTO. (*Presentándose.*) Sí, señora; ya se ha marchado.
- ELENA. Ah! mi marido! Qué horror! Márchese usted! no quiero verle.
- ALBERTO. Me parece que tengo razon sobrada. ¡Creerme muerto! tener la audacia de casarse con otro!
- ELENA. Casarme con otro! Está usted soñando, ó es que tiene ganas de divertirse?
- ALBERTO. ¿Se atreverá usted á negarlo?
- ELENA. Pero, Dios mio! ¡Esto es chistoso! ¿Quién le ha contado á usted ese disparate?
- ALBERTO. El mismo dueño de esta casa, el señor Figueiras, su segundo marido de usted.
- ELENA. ¿Pero qué está usted diciendo? Ese es el marido de mi amiga Camila.
- ALBERTO. Entonces, señora, ¿por qué ha huido usted de Santander, abandonando el domicilio conyugal?
- ELENA. Porque es usted un infame, y no queria verme suplantada por una querida.
- ALBERTO. ¡Una querida!
- ELENA. Sí, señor: lo sé todo; he interceptado la carta

que usted dirigia á su amigo Luis, en la que le hablaba de esa niña preciosa que trae usted de Filipinas.

ALBERTO. Já! já! já! ¡Cómo, Elena! ¿con que era esa la causa? Voto al chápiro! Ahora lo comprendo todo. Quería causarte una sorpresa; sabia que hace mucho tiempo deseabas poseer una mona, y compré para ti una muy pequenita, que es la que te ha causado tan furiosos celos.

ELENA. ¡Oh, Dios mio! ¿con que esa niña de que hablabas á Luis...

ALBERTO. Ya sabes lo que era, un mono.

ELENA. ¡Ah, qué feliz soy! (*Arrojándose en los brazos de Alberto.*) Perdóname y abrázame. ¡Qué mal he hecho en sospechar de ti, querido esposo mio!

JUAN. (*Dentro y llamando á la puerta.*) Abrid! ¡Abrid en nombre de la moralidad pública!

ALBERTO. Ah! el pobre Figueiras!

ELENA. No sabe que estoy en su casa.

ALBERTO. Cree que eres su mujer.

JUAN. Abrid, ó echo la puerta abajo. Infame!

ALBERTO. (*Alzando la voz.*) Déjenos usted en paz. Es usted muy poco complaciente. Me voy á acostar; haga usted lo mismo, y buenas noches. (*Vase. Entra con Elena en la habitacion de la izquierda. Don Juan sigue llamando cada vez mas enfurecido.*)

ESCENA XXI.

Don Juan.

(*Dentro.*) Eh! esto es demasiado! Esto una iniquidad! una infamia! (*Saliendo.*) Hay luz en el cuarto de Camila. (*Mirando por el ojo de la llave de la puerta izquierda.*) Están aquí y son capaces de... Oh! Ya no soy un hombre. Los celos me convierten en un héroe! En este momento debo tener lo menos seis pies de estatura. (*Llamando.*) ¡Caballero! Un duelo!... no me importa! Mi mujer ó la muerte.

- ALBERTO. (*Dentro.*) Usted no tiene aquí ninguna mujer. La que está aquí es mía, y no tiene nada que ver con usted.
- JUAN. Miserable! ¡Que salga ella, que venga á decirme que no tiene nada que ver conmigo.
- ALBERTO. Ea, vaya usted al demonio.
- JUAN. ¡Infame! (*Mirando por la cerradura.*) Abrid, ó le pego fuego á la casa. No? Ahora lo vereis. (*Toma una luz y un puñado de papeles, y cuando ya se dispone á prender fuego á la puerta, la abre Alberto y sale.*)

ESCENA XX.

JUAN.—ALBERTO.—*Después* ELENA.—CAMILA.—CRISANTO.

- ALBERTO. Pero, hombre, ¿tiene usted el diablo en el cuerpo?
- JUAN. (*Arrojándose á él con ademán furioso.*) Yo quiero mi mujer. Devuélvamela usted. Usted está muerto y enterrado. Voy á buscar un ataúd para que lo encierren á usted y enviarlo al Cabo de Buena-Esperanza.
- ALBERTO. Este hombre se ha vuelto loco!
- ELENA. Dios mío! Esas voces... (*Saliendo.*) ¿Qué es lo que sucede?
- ALBERTO. Aquí la tiene usted. (*Señalando á Elena.*)
- JUAN. Qué veo! (*Examinándola con inquietud.*) Caballero: usted me la ha cambiado. Esta no es mi mujer.
- ALBERTO. Es claro! Si es la mía.
- JUAN. La de usted? Pero... ¿Y la mía? ¿Dónde está?
- CAMILA. Aquí me tienes. (*Saliendo de la Caja.*) Hasta ahora no he salido de mi escondite.
- JUAN. Voy á perder la cabeza. Pero... este caballero... ¿Quién es este caballero?
- CAMILA. Toma! ¿Quién ha de ser? Alberto Tramontana, marido de mi amiga Elena, primo de Robustiano, mi primer marido, y como él, capitán de un buque mercante.
- CRISANT. ¿Quién habia de adivinarlo!

JUAN. Ah! (*Dándose una palmada en la frente.*) Con que el señor...

CAMILA. Como tú no me dejaste tiempo para decirte que se hallaba en casa mi amiga Elena, que venia huyendo de su marido... porque...

ELENA. Porque estaba injustamente celosa; pero ya Alberto me lo ha explicado, y la niña de que hablaba en su carta, era...

ALBERTO. Era un mono.

CAMILA. De veras?

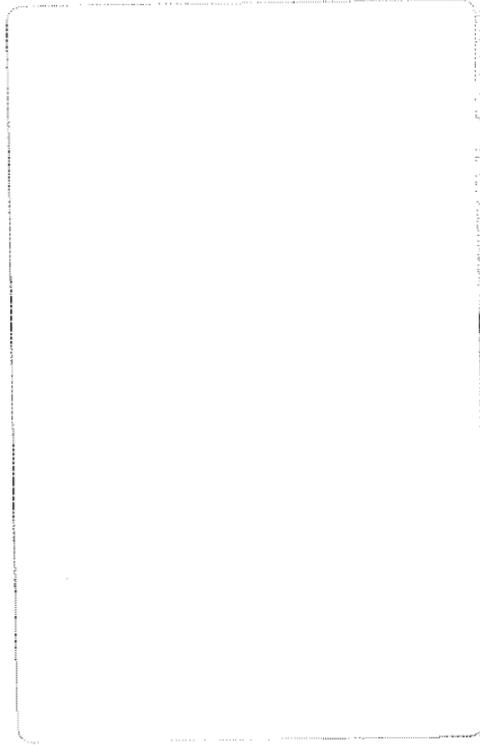
JUAN. Cómo! ¿Con que el señor era un mono? Es decir... el primer marido... no... el segundo marido era... tampoco. No sé lo que me digo. Pero al fin todo ha sido nada mas que un susto.

CAMILA. Es preciso, Juan, que deseches ya para siempre tus absurdos temores.

JUAN. Sí, pero con la condicion de que has de llamarme Juanito. (*Al público.*)

Horrible ha sido mi estado,
¡ay! Camila adorada!
Señores, una palmada
por el susto que he llevado.

FIN DE LA COMEDIA.



Achaques del siglo actual.
 Un Hidalgo aragones.
 Un Verdadero hombre de bien.
 La Esclava de su galán.
 Pecado y expiación.
 ¡Fortuna te dé Dios, hijo!
 No se venga quien bien ama.
 La Estudiantina.
 La Escala de la Fortuna.
 Amor con amor se paga.
 Capas y sombreros.
 Ardides dobles de amor.
 El Buen Santiago.
 ¡Ya es tarde!
 Un cuarto con dos alcobas.
 ¡Lo que es el mundo!
 Todo se queda en casa.
 Desde Toledo á Madrid.
 El Rey de los Primos.
 La Caverna invisible.
 Quien bien te quiera te hará llorar.
 Marica-enreda.
 Flaquezas y Desengaños.
 La Amistad ó las tres épocas.
 El Diabolo las carga.

EN DOS ACTOS.

Un Ente como hay muchos.
 Cornelio Nepote.
 Los Pretendientes del día.
 Los dos amores.
 Deudas del alma.
 Pipo, ó el Princ. de Montecresta.
 Las diez de la noche.
 El Congreso de Jitanos.
 El Preceptor y su mujer.
 La Ley Sáfica.
 Un Casamiento por hambre.
 Antes que todo el honor.
 ¡Un Divorcio!
 La Hija del misterio.
 Las Cucas.
 Gérónimo el albañil.
 Maria y Felipe.

EN UN ACTO.

Remedio para una quiebra.
 La mujer de dos maridos.
 Ladron y Verdugo.
 La astucia rompe cerrojos.
 Un viaje alrededor de mi mujer.
 Un viaje alrededor de mi marido.
 El marido universal.
 Un Sentenciado á muerte.
 No se hizo la miel...
 Los Preciosos ridiculos.
 Lo que al negro del sermon.
 La Unión carlo-polaca.
 Pepiya la aguardentera.
 ¡¡Ingleses!!
 Un Fusil del Dos de mayo.
 Cuerdos y locos.
 Pst., Pst.
 Entre Scila y Caribdis.
 Al que no quiere caldo.
 La Piel del Diabolo.
 Si buenas insulas me dan...
 El Perro rabioso.
 De qué?
 La Herencia de mi tia.
 La Capa de Josef.
 Alf Ben-Salé-Abul-Tarif.
 Los Apuros de un Guindilla.
 El Sacristan del Escorial.
 El Sol de la libertad, loa.
 Amarse y aborrecerse.
 Trece á la mesa.
 Dos Casamientos ocultos.
 Cinco pies y tres paigadas.
 A la Côte á pretender.
 Con el santo y la limosna.
 De Poteneia á poteneia.
 Las Avispas.
 El Aguador y el Misántropo.
 Acertar por carambola.
 El Rey por fuerza.
 Las Obras de Quevedo.
 Un Protector del bello sexo.
 No siempre lo bueno es bueno.
 Huyendo del peregil.
 El Chal verde.
 Como usted quiera.
 Un Año en quinze minutos.
 ¡Un Cabello!
 El Don del cielo.
 La Esperanza de la Pátria, loa.
 Alza y baja.
 Cero y van dos.
 Por poderes.

Una Apuesta.
 ¡Cuál de los tres es el tio?
 La Eleccion de un diputado.
 La Banda de capitán.
 Por un loro!
 Simon Terranova.
 Las dos carteras.
 Malas tentaciones.
 Dos en uno.
 No hay que tentar al Diabolo.
 Una Ensalada de pollos.
 Una Actriz.
 Dos á dos.
 El Tio Zaratan.
 Los Tres ramilletes.
 El Corazon de un bandido.
 Treinta dias despues.
 Cenar á tambor batiente.
 Las Jorobas.
 Los Dos amigos y el dote.
 Los Dos compadres.
 No mas secreto.
 Manolito Gazquez.
 Percances de un apellido.
 Clases pasivas.
 Infantes improvisados.
 Por amor y por dinero.
 ¡Estrupicios por amor.
 Mi Media naranja.
 Un Ente singular!
 Juan el Perdio.
 De casta le viene al galgo.
 ¡No hay felicidad completa!
 El Vizeconde Bartolo.
 Otro Perro del hortelano.
 No hay chanzas con el amor.
 ¡Un bofetón... y soy dichosa!
 El Premio de la virtud.
 Sombra, fantasma y muger.
 Cuerpo y sombra.
 Un Angel tutelar.
 El Turrón de Noche-buena.
 La Casa deshabitada.
 Un Contrabando.
 El Retratista.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

Concha!	Tramoya.	El Sacristan de San Lorenzo.
Diego Corrientes.	Gloria y peluca.	El Alma en pena.
El Padre Cobos.	Palo de ciego.	La Flor del valle.
Una Aventura en Marruecos.	Tribulaciones!!	La Hechicera.
Hayd� el secreto.	El Campamento.	El Novio pasado por agua.
El Tren de escala.	Por seguir � una muger.	La Venganza de Alfonso.
Aventura de un cantante.	Buenas noches, señor don Simon.	El Suicidio de Rosa.
La Estrella de Madrid.	Misterios de bastidores.	La Pradera del canal.
Don Simplicio Bobadilla.	El Marido de la muger de D. Blas.	La Noche-buena.
El Duende.	Salvador y Salvadora.	Una Tarde de toros.
El Duende, segunda parte.	�Diez mil duros!	Partitura del Duende, para piano y canto.
Las Señas del Archiduque.	Los Dos Venturas.	
Colegialas y soldados.	De este mundo al otro.	

OBRAS.

- Diccionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo Avezilla.
 Legislacion militar de España, por D. Pablo Avezilla.
 Código penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.
 Curso de Derecho Mercantil de España, por el doctor D. Pablo Gonzalez Huebra.

ADVERTENCIAS.

Tomando toda la coleccion de la ESPAÑA DRAMÁTICA, se hace la rebaja de 50 por 100.

Pidiendo ejemplares   la Direccion, que lleguen   200 rs., se hace una rebaja de 20 por 100.

El Círculo LITERARIO COMERCIAL se halla establecido en la calle de Fuencarral casa de Astrarena.